

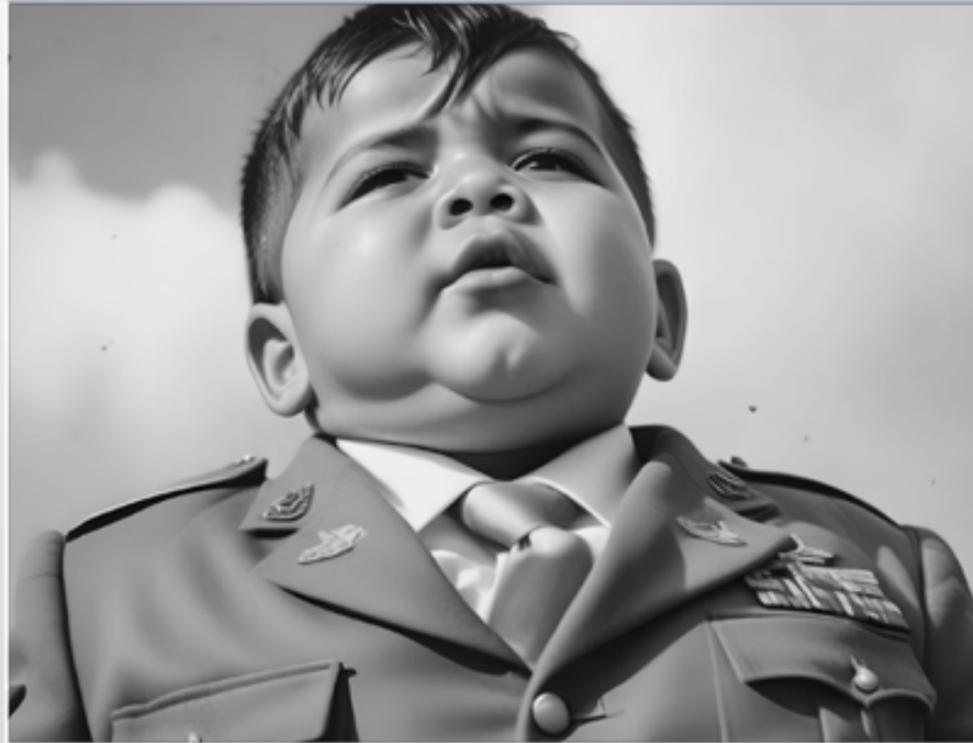
ECH



EL NUDO APRETADO DE LA CORBATA

**#1 El nudo apretado
de la corbata**

#Capítulo1



***El nudo apretado
de la corbata***

Estaba esta mañana mirando fotos viejas y limpiando por centésima vez un polvo inexistente, cuando he reparado en la foto de mi Albertito vestido de primera comunión. Con su traje verde olivo de general de algún Ejército de Tierra y su sonrisa caída hacia el lado izquierdo.

Mi querido Albertito, el hijo que el destino me arrebató y del que sólo guardo fotos y polvo, y a ambos los muevo de un lado para otro para crear una dinámica que sus pasos y su presencia nunca más crearan.

Me estaba fijando en la corbata. Siempre fui yo quien hacía el nudo de la corbata a su difunto padre y también a él. Los dos eran bastante incompetentes en esta actividad y quizás en alguna otra que ya iré relatando. Pero la corbata era parte vital de su defectuoso ADN. Mejor dicho, su incapacidad para ejecutar un nudo perfecto era marca de su ADN imperfecto.

Por la mañana, mi primera tarea comenzaba con la corbata de Albertito. El niño no quería lazo con cinta de goma, quería un nudo de verdad.

Y yo se lo hacía primorosamente. Un nudo pequeño, apretado, dejando medido dedo de separación con la garganta que lucía espléndida gracias a aquel triangulo invertido perfecto. Un nudo que obligaba a mirar hacia arriba, que abajo no hay nunca nada digno de ser mirado, y así el beneficiado por mi nudo adquiría propiedades muy ventajosas como hablar con Dios antes de hacerlo con los hombres, que son todos unos botarates.

En las fotos del colegio, mi Albertito siempre salía con esa imagen medio divina, mirando al cielo con los ojos congestionados de pasión al Creador, casi saliéndose de sus pequeñas órbitas.

Pero en esta foto, Albertito me miraba directamente desde el cristal pulido por centenares de limpiezas compulsivas. Me escudriñaba casi inquisitivamente e incluso un poco desafiante, y sus ojos no estaban llenos del brillo de la inflamación divina, estaban llenos de un poco de ... ¿ira?

Sí, parecían llenos de ira, de rencor e incluso de un odio bastante notable. Lo remataba un gesto rudo con la boca medio torcida, como queriendo decir algo que no se atrevía a jactarse. Y, por último, el nudo de la corbata no era mi nudo. Era un nudo desmadejado, suelto, inclinado a la izquierda y medio abierto.

¿Quién había hecho esa barbaridad?

No podía concentrarme como otras veces en la perfecta abotonadura de su traje, ni en sus manos enguantadas, ni en aquel pelo cortado con maquinilla con el control puesto al "1". No podía tranquilizarme con las perfecciones del retrato pulido y repulido con mil afeites de la limpieza doméstica.

El nudo me golpeaba la vista con la misma animadversión que los ojos de mi Albertito, resultaba incluso más insultante. Alguien había profanado a mi Albertito abriendo de forma descuidada el nudo para ... ¿dejarle respirar?

¡Quía! Mi Albertito respiraba a bocanadas cortas que digería cada cuarto de hora para no gastar ni el aire que nos rodeaba. Para qué iba a necesitar la respiración si me tenía a mí que era su vida y su sustento.

¡Naderías! Aquel estupro lo había cometido alguien que odiaba a Albertito y a mí. Solo así se explicaba la barbarie de aquel acto vandálico.

Llena de una rabia medida, me dispuse a abrir el retrato para colocar un nudo correcto en aquel cuello sin control. Tenía miles de recortes de nudos que había hecho con Photoshop. Esta foto todavía no estaba digitalizada, pero le quedaban dos telediarios para mejorarla.

Abrí con inquina, pero también con cuidado, el marco por la parte trasera; un papel amarillento y casi fósil cayó al suelo. La falta de aire y humedad de aquella sala petrificaba todos los recuerdos para que nunca desaparecieran. Lo había escuchado en un capítulo del National Geographic y mantenía controlados esos niveles para evitar la destrucción del legado de mi Albertito.

Recogí el papel con unas pinzas que siempre llevaba conmigo y lo puse encima de una mesita pequeña. El escritorio de mi Albertito, primorosamente ordenado con su cuaderno, su lápiz y su cenicero. ¡Bueno, bueno, qué no debo despistarme!

Estábamos en lo del papel amarillento, volvamos a ordenarnos que luego el caos toma control de nuestras vidas y pasa lo que pasa. Si lo sabré yo que he echado al caos a puros escobazos de esta casa.

Con Alberto, el padre de Albertito tenía que andar todo el día con la escoba en ristre, lista para impedir que el caos entrara.

Tocaba el timbre de la puerta con su sempiterno habano en la boca, que en ese momento intentaba esconder en el bolsillo de la americana para no ser fiscalizado, y su extremidad derecha ocupada en aromatizar el periódico con la axila.

Como el caos era su segundo nombre, colocaba precipitado el habano en el revistero y escondía el periódico reblandecido de sudor en el armario junto con los calcetines y los calzoncillos. Estos últimos, tenían, de tanto convivir con papeles de extraña factura, manchas impresas de tinta que aún se podían leer; “Mujer mata a su -ecina -or unas sá—n-s dec— orad-- de -ojo.”

Era fanático de El Caso, porque el orden y las casualidades no son banales. Buscaba el desorden en un periódico de tres al cuarto para combatir el orden de precisión de nuestra casa. “Suma cero”, me decía cuando le pillaba con el cigarro todavía humeante quemando mis revistas de “Hogar y Limpieza”.

Caray, cómo me pierdo en disquisiciones idiotas, debe ser que la soledad afecta seriamente al orden mental, porque yo antes no era de hablar tanto para no decir nada.

Pero volvamos al papel que ya le he dado la vuelta, con cuidado para que no se quiebre o deteriore. Aunque tengo un mando con bluetooth de esos para controlar todos los sensores, pero vete tú a saber. Mejor prevenir, y, además, este papel estaba fuera de mi control hasta hacía apenas dos segundos y debía extremar precauciones.

Y hete aquí que el papel ya está dispuesto para escupir sus primeras dosis de secreto. Me coloco las gafas de ver con cuidado, sólo me las pongo para cosas importantes, no quiero que se gasten ni tampoco que mi nervio óptico se haga vago. Así que miro hasta la televisión sin la barrera de mis gafas, haciendo ejercicios ópticos entre la televisión y la pared alejada dos metros.

A veces confundo a los actores con una mancha borrosa producto del polvo que gira y gira en esa casa, pero en general me bastan las voces para saber quién es el que manda en la comedia y quién es el que recibe las órdenes. Porque yo solo veo seriales con jerarquía y orden. Al orden lo tengo tan confinado como al polvo, no dejo que lo contamine ni la televisión.

Mira lo que le pasó a mi Alberto que para una vez que dejó entrar al desorden, fue y se murió. Y conste que se lo tenía dicho: “Alberto, en esta casa no entra nada más que el orden que luego pasa lo que pasa ...”.

Pues no me hizo caso, o a lo mejor me lo hizo, pero con ese toc suyo de la “suma cero” la lio parda.

El caso fue que un día llegó a casa, como era habitual en él con el habano en el bolsillo y el periódico bajo el brazo. Como de costumbre fui detrás suyo a sacar el habano del revistero y el periódico del cajón de la ropa interior. Pero recibí una llamada de la compañía de gas y me entretuve apenas los segundos que malgasté en mandarlos al cuerno.

Cuando llegué al armario, después de mi liberación a gritos, me llevé un susto mayúsculo; el periódico no estaba en su “deslugar”. Tampoco estaba en el revistero porque observé que mi Alberto llevaba todavía el habano en la mano. ¿Dónde había guardado el periódico aquel proyecto de hombre?

Aquello no estaba bien, rompía el orden-controrden establecido. Un día sin periódico era un día donde algo grave podía suceder. Le pregunté, con el habano confiscado acusándole, dónde había metido el periódico, pero no fue capaz de encontrarlo ni de darme razones. Estaría con los calzoncillos, me dijo rendido, como siempre.

Pero no estaba “dónde siempre”, y yo ya había levantado hasta los sillones de la casa, había volteado todos los cajones, había creado un caos domesticado para no caer en un caos mayor. Lo había hecho todo salvo encontrar aquellos míseros trozos de papel.

El periódico había desaparecido.

Alberto me vio tan descompuesta que me intentó calmar:

- Chatita, no te preocupes, que voy al quiosco y compro una docena de periódicos y los guardo en todos los cajones de la casa. – me dijo cariñoso intentando tocar mi nariz aguileña con las puntas de los dedos -.

- Alberto, esto no se arregla tan fácilmente, has hecho entrar al caos en esta casa. Llevo años compensando tus despistes, colocando los habanos en los ceniceros y los periódicos en el revistero. Años y años creando un orden que a ti no te importa nada. Ahora veo que ha sido un terrible error intentar remediar tu falta de orden – le contestaba, llorando con mesura para no estropear el rímel recién colocado, lagrimeando gota a gota-.

- Chata, no se hable más. No nos vamos a enfadar por un asqueroso periódicucho. Tú ordena que yo voy a por “El Caso” y lo leemos juntos.

No me dio tiempo ni a colocarle el nudo de la corbata que estaba un poco desmadejado por la búsqueda infructuosa. Salió trotando y desde la ventana le vi ir al quiosco. A los pocos minutos salió de debajo del toldillo del quiosquero y alzó la mirada. Me echó una visual con cara de estupefacción y las manos vacías. El periódico se había agotado.

Sin más dilación se fue directo a por nuestro "Seat 1500" que tenía aparcado en la acera, en la misma posición que llevaba los últimos diez años. Sólo lo movía para ir a misa y al cementerio. Lo arrancó y salió bastante más rápido de lo que era habitual en él.

El teléfono sonó dos horas después. Yo había ordenado todo, y la casa estaba perfecta. Estaba recogiendo la basura para sacarla al rellano cuando vi el ejemplar de El Caso, primorosamente doblado, en la bolsa de la basura. En ese momento mientras juraba en arameo por el terrible error de mi marido y compañero de desorden, sonó por segunda vez el timbre del teléfono y lo descolgué.

- ¿Señora de Andrade y Giménez? – me preguntó una voz precipitada -.

- Al aparato. ¿Se puede presentar, por favor? – le contesté a la voz telefónica que percibía ya irritante -.

- Somos del Hospital Virgen de las Luces. La llamamos porque su marido ha entrado cadáver en la morgue de este establecimiento – me contestó igual de atropellada -.

- ¿Disculpe? ¿Me quiere decir que mi marido ha fallecido? Eso es imposible, me tengo que morir yo antes. Lo teníamos así establecido. – le contesté molesta por interrumpir mi aseo y mi vida íntima -.

- Quizás su marido le quiso dar una sorpresa, pero está bien muerto y machucado porque ha chocado con un camión de cerdos. Pero estamos seguros de que es su marido. De toda la matanza que se ha producido por el choque, él era el único ejemplar con traje y corbata. Gracias a eso le hemos podido identificar – me siguió contando la voz telefónica muy satisfecha de su sagacidad investigativa -.

No pude seguir hablando. Me quedé totalmente congestionada con "El Caso" abanicándome para ahuyentar a un soponcio que venía cabalgando desde el Virgen de las Luces. La voz me solicitó una dirección y me indicó mecánica que venía una ambulancia a por mí, porque presentaba síntomas de estar sufriendo un ataque al corazón. Lo último que escuche de la voz galopante es que quizás tenía razón y yo también me iba a morir, aunque desincronizada con mi marido. ¡Maldita Suma Cero!

La ambulancia llegó sin yo casi sentirlo. Me metieron en la camilla con el periódico agarrado entre las dos manos que no hubo ser humano que lo pudiera separar de mí.

Estuve una semana ingresada en la UCI y cuando salí tuve que enfrentarme al entierro de Alberto.

De Albertito ya me había despedido hacía dos años, sólo me quedaba Alberto. En el hospital tuvieron en cuenta mi completa

soledad para retrasar el enterramiento. Eso y que ni dios se hacía cargo del evento porque no fueron capaces de encontrar la póliza de Santa Lucía, la de los muertos.

Así que Alberto se pasó una semana en una cámara frigorífica esperando que yo saliera de mi trance.

En cuanto me pude vestir pedí el periódico que fue mi talismán durante toda mi enfermedad. Me lo dieron enfundando en una bolsa de plástico con zip como el que usaba yo en la cocina. Me dijeron que lo habían mantenido así durante mi estancia para que no hubiera contaminación cruzada. Por un momento pensé que alguien había equivocado mi presencia en aquel aséptico lugar con una clase de cocina gourmet.

No me dejé atolondrar y pedí ir a la cámara frigorífica para ver a mi Alberto. Las enfermeras no las tenían todas consigo, pero me acompañaron.

Abrieron la caja y salió un vaho más frío que el propio muerto. Alberto era un amasijo de carne y sangre en pelota picada. Porque las pelotas estaban tan machucadas como el resto. Difícil distinguir lo que era cara o culo, pero a Dios, en este trance, eso le daba lo mismo.

El traje destrozado estaba en otra bolsa de plástico con zip y en otra bolsa más pequeña la documentación que había delatado su identidad.

Les dije a la pareja de funcionarias que Alberto se tenía que enterrar vestido con su terno azul, con el pañuelo rojo con puntitos azules que hacía juego con una corbata azul con puntitos rojos. “Suma cero”, ya se lo habrán imaginado.

Me miraron con los mismos ojos que Alberto y Albertito me miraron siempre, con los ojos desorbitados, pero no quisieron decirme nada no fuera a ser que el incidente terminara en otra semana de UCI, y yo todavía no había declarado donde estaba la póliza de los muertos.

Al día siguiente se celebró el velorio en el tanatorio anejo al mismo hospital. No supe cómo lo había logrado la funeraria, pero Alberto tenía ojos, boca y hasta cuello para la corbata.

Le habían vestido primorosamente, ni yo lo hubiera hecho mejor y mira que me cuesta decirlo.

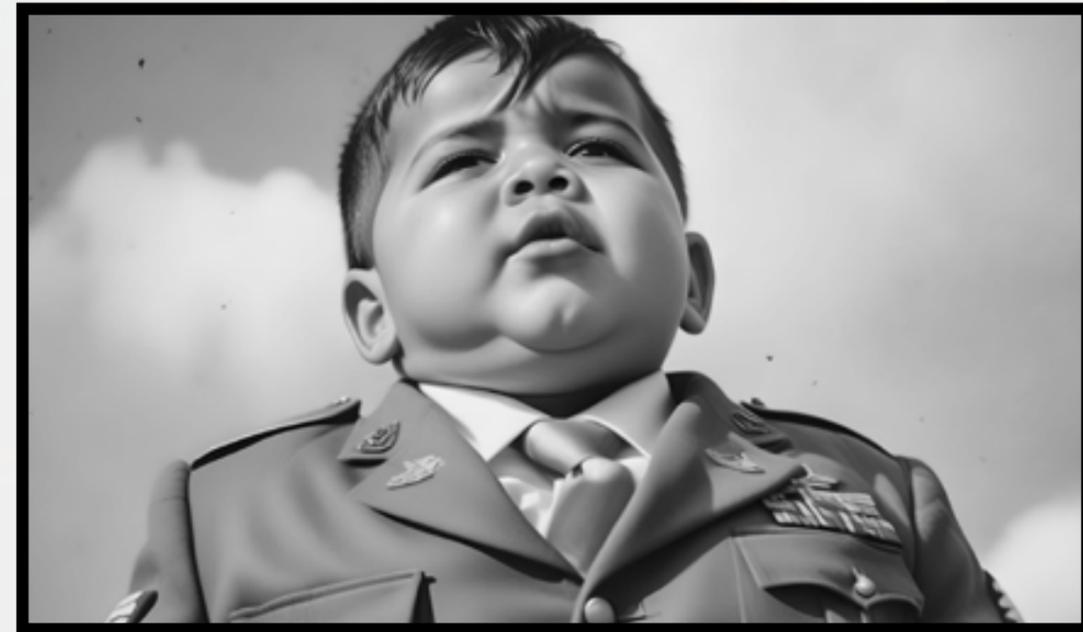
Al velatorio fue poca gente, los compañeros del trabajo y alguna vecina chismosa que quería confirmar que enterrábamos a Alberto y no a un puerco.

Yo no me separaba del ataúd no fuera a ser que aquellas mujeres sin moral quisieran llevarse un trozo de carne del difunto para confirmar sus dudas. Mi Alberto podía terminar cocinado en algún horno dominguero con tal de hacer verdad el bulo que corría por el barrio: que a Alberto lo habían incinerado con el resto de los cerdos fallecidos, y lo que hoy enterrábamos en aquel desabrido cementerio era la carne molida que había sobrado.

Pero yo sabía que eso no era cierto. Los ojos desquiciados eran los de mi Alberto.

Cuando iban a cerrar la tapa del féretro, me acerqué al difunto, y en lugar de besarlo, le apreté el nudo de la corbata y se lo coloqué para que los gusanos lo recibieran impecable. Un gesto automático de amor que llevaba lustros ejecutando de forma milimétrica.

Alberto, incluso muerto, fue ordenado. La última orden que recibió la cumplió, porque sus ojos se salieron un poco más de las órbitas, como todas las mañanas, y se quedó mirando al cielo. En ese momento el cura le cerró las dos falsas cuencas y mi corazón se despidió para siempre de ese cuello hecho para un lazo eterno.



Meses después el médico me contó lo que había sucedido a mi Alberto. Iba en el coche con la mirada al cielo producto de mi nudo ceñidor y cuando llegó al semáforo no vio que estaba rojo. Yo era quien le cantaba el color de los semáforos cuando estos eran bajitos y él no podía visualizarlos con su mirada perpetua al Creador.

El caso es que o confundió el semáforo, o confundió el pedal, porque le dio por acelerar. Se estampó contra un camión que llevaba una piara de cerdos al matadero. No quedó nada de él excepto la corbata bien agarrada al cuello que salvó así la cabeza de la confusión de carnes, maderas y hierros.

Me caían lágrimas recordando el principio de mi soledad y hermetismo, cuando me di cuenta de que una gota estaba a punto de caer sobre el deseado papel.

La absorbí con la manga de lana fría de mi atuendo y me soné los mocos con un pañuelo con restos de las letras de “El Caso” de Alberto.

Un par de letras se quedaron pegadas a mi estupenda nariz, una K y una O. El destino seguía jugando conmigo.

Con las gafas bien colocadas y el ánimo algo repuesto, empecé a leer:

“Albertito, me has hecho muy feliz estos años y sólo tú lo mereces. Usa con mesura mi regalo y se libre. Fdo.: Ignacio.”

¿Ignacio?

Próximamente...

**#2 Buscando a
Ignacio frenéticamente**

EL NUDO APRETADO DE LA CORBATA

SAGA: EL CIELO HERMÉTICO

